



Objetivo:

- Tomar conciencia de las consecuencias de los estereotipos
- Valorar la importancia del conocimiento del otro para superar estereotipos y evitar deshumanizarlo

Participantes:

Un número indiferente de personas de 4 a 7 años

Material:

Ilustraciones del cuento.

El documento “([Desconstruir](#)) la imagen del enemigo “ puede ser de ayuda como base teórica.

Tiempo:

50 minutos

Desarrollo de la actividad:

1. Se presenta el tema y se explica el cuento
2. Se analiza el cuento a partir de una conversación orientada por preguntas cómo:
 - ¿Qué pasa en el país Amarillo y en el país Rojo?
 - ¿Qué ha llevado a esta situación?
 - ¿Cómo crees que hubieran sido todos estos años si el muro nunca se hubiera construido?
 - ¿Qué piensas de la actitud de Limoncín y de Fresita? ¿Tú en su lugar qué hubieras hecho? ¿Hubieras tenido miedo? ¿De qué?
 - ¿Qué crees que hace que les sea tan difícil convencer a sus compatriotas de romper el muro?
3. A partir de las respuestas, la educadora introduce reflexiones en torno como tratamos a aquellas personas que no conocemos y percibimos como de otro grupo muy diferente a nosotros.

Evaluación:

Si nos encontráramos en una situación como Limoncín y Fresita ¿qué haríamos? ¿Se nos ocurre alguna situación parecida en nuestra escuela, pueblo o país? ¿Qué podemos hacer?

Orientaciones:

Todos respondemos a los estereotipos, y a menudo no hay muros físicos pero si muchos muros culturales. Podemos aproximar a los niños a situaciones reales similares a las de Limoncito y Fresita si pensamos en casos como israelíes y palestinos que frecuentemente vemos en la Tele, o la relación entre payos y gitanos en nuestra cultura, rivalidades entre grupos clase.

Con las ilustraciones adjuntamos algunos personajes por si queréis dramatizar el cuento.

El país Rojo y el país Amarillo

Hace mucho tiempo existió un reino donde había dos países: el país Rojo y el país Amarillo. En el país Amarillo, todo era amarillo: el cielo, los árboles, las casas, todo pintado de un intenso color amarillo. En el país Rojo, todo era rojo: el cielo, los árboles, las casas, todo pintado de un intenso color rojo. Y las tierras donde ambos colores se mezclaban eran de color naranja.

Tiempo atrás los habitantes de los dos países eran muy amigos y vivían alegres y contentos. Los sábados y los domingos organizaban fiestas donde bailaban, cantaban y reían, todos juntos. Pero, de la noche al día, a causa de algunas peleas y discusiones entre algunos de sus habitantes, se hicieron enemigos. Los alcaldes mandaron levantar un muro ancho y grueso allá donde terminaban sus tierras y prohibieron a sus habitantes que traspasaran la frontera. Si desobedecían esta orden, serían duramente castigados. El rey de aquel reino estaba enterado de lo sucedido pero como era muy despreocupado, no hizo nada para poner remedio a la situación. Así que desde entonces ya no hubo más bailes, ni fiestas y los habitantes de los dos países no volvieron a reír ni cantar.

En el país Amarillo había un niño al que todos conocían como Limoncín. Limoncín era muy curioso y le gustaba mucho pasear por el bosque, observando las flores, los animales y la tierra y, a menudo, preguntaba a los mayores las cosas que no sabía. Un día, Limoncín, salió a pasear con su abuelo y le preguntó:

- Abuelo, ¿qué hay detrás de aquel muro tan alto?
- Allí detrás se encuentra el país Rojo - respondió. Ese país está lleno de gente mala y nunca debes acercarte a su frontera.
- Pero, ¿por qué dices que hay gente mala? - insistió Limoncín.
- Hace mucho tiempo, un habitante de aquel país vino por la noche a casa del panadero y le robó todo el dinero y todo el pan que tenía. El pobre panadero y su familia se quedaron sin dinero y el pueblo se quedó sin pan durante cuatro días. Así que ya sabes, Limoncín, todos los habitantes del país Rojo son unos ladrones.
- Pero abuelo, si sólo fue un habitante el que os robó, ¿por qué dices que todos son unos ladrones?
- Porque sí, Limoncín, si uno lo es, todos lo son.
- Pero abuelo ...
- Ni pero ni nada, Limoncín. Es así y punto. Anda, deja de preguntar, ves a jugar y recuerda que por nada del mundo debes acercarte al país Rojo.

Limoncín se fue a jugar pero no podía quitarse de la cabeza lo que su abuelo le había explicado.

En el país Rojo, vivía una niña a la que todos conocían como Fresita.

Fresita era muy curiosa y le gustaba mucho pasear por el bosque, observando las flores, los animales y la tierra y, a menudo, preguntaba a los mayores las cosas que no sabía. Un día, Fresita, salió a pasear con su abuelo y le preguntó:

- Abuelo, ¿qué hay detrás de aquel muro tan alto?
- Allí detrás se encuentra el país Amarillo - respondió. Ese país está lleno de gente mala y nunca debes acercarte a su frontera.
- Pero, ¿por qué dices que hay gente mala? - insistió Fresita.
- Hace mucho tiempo, un habitante de aquel país vino a vender un jarabe que lo curaba todo. Nosotros lo creímos y fuimos a comprarle muchos frascos. El hombre se fue y cuando probamos el jarabe nos pusimos todos enfermos. Aquel hombre nos engañó y se quedó con nuestro dinero. Así que ya sabes, Fresita, todos los habitantes del país Amarillo son unos mentirosos y unos estafadores.
- Pero abuelo, si sólo fue un habitante el que os engañó, ¿por qué dices que todos son unos estafadores?
- Porque sí, Fresita, si uno lo es todos lo son.
- Pero abuelo ...
- Ni pero ni nada, Fresita. Es así y punto. Anda, deja de preguntar, ves a jugar y recuerda que por nada del mundo debes acercarte al país Amarillo.

Fresita se fue a jugar pero no podía quitarse de la cabeza lo que su abuelo le había explicado.

Aquella noche, Limoncín y Fresita, desde sus respectivos países, pensaron y pensaron hasta que al final decidieron hacer alguna cosa para que los habitantes de los dos países volvieran a ser amigos. Limoncín y Fresita querían que los habitantes volvieran a reír, a bailar y cantar como lo habían hecho antes.

Sus abuelos les habían contado historias que hablaban de la existencia de un mago. Un mago muy sabio y poderoso que podía conseguir cualquier cosa con sus poderes. Este mago vivía en la cueva de una montaña justo en el centro del territorio naranja. Sin pensárselo dos veces, Limoncín y Fresita, cogieron su mochila, la cargaron con unos bocadillos y salieron rumbo al territorio naranja en busca del mago para pedirle que consiguiera que sus países volvieran a ser amigos. Antes de salir de casa dejaron una nota a sus padres para que no se asustaran si no los encontraban y bajo la luz de la luna emprendieron su viaje.

Limoncín y Fresita, caminaron por bosques y campos, atravesaron ríos y montañas, hasta llegar al muro de su país. Y tuvieron suerte porque allí encontraron un pequeño agujero por donde pasar. Cuando ya se hallaban en territorio naranja, los protagonistas de nuestra historia se encontraron frente a frente. Se miraron boquiabiertos y empezaron a hablar:

- ¡Hola! - dijo Limoncín
- ¡Hola! - respondió Fresita
- Me llamo Limoncín y vengo del país Amarillo.
- Yo soy Fresita y vengo del país Rojo.

Entonces, cada uno de ellos, explicó lo que su abuelo le había contado sobre el otro país y descubrieron que lo que decían no era del todo cierto.

- Yo pienso que los habitantes de tu país, como los del mío, son buenas personas - dijo Limoncín.
 - Yo pienso lo mismo - respondió Fresita - no se puede juzgar ni acusar a todo un país por el error de una sola persona.
- Los dos niños estaban de acuerdo y se dieron cuenta de que habían pensado lo mismo: ir hasta la cueva del mago y pedirle ayuda. Así que Limoncín y Fresita decidieron continuar el viaje juntos.

Caminaron un buen trecho y pasaron por muchas aventuras, jugaron, compartieron sus bocadillos y se explicaron cómo eran sus habitantes y sus países. Pero lo mejor de todo es que aquel viaje les sirvió para hacerse amigos. Y sobretodo para darse cuenta que hay algunas personas que, a veces, cometen errores pero que hay otras muchas que son buenas personas.

Cuando por fin encontraron la cueva del mago entraron poco a poco y en silencio. Miraron a un lado y otro y descubrieron que no había nadie. Llamaron al mago, primero muy bajito y luego a gritos, pero no lo encontraron por ningún lado. En la cueva sólo encontraron la mesa donde el mago realizaba sus pócimas secretas. Limoncín y Fresita se pusieron muy tristes porque después de un viaje tan largo no habían conseguido hablar con el mago. Se sentaron en la mesa y, de repente, supieron lo que tenían que hacer.

- ¡Ya lo tengo! - gritó Fresita. No nos hace falta ningún truco de magia porque para que nuestros países dejen de ser enemigos sólo necesitamos que...
- Sí, esto es lo que tenemos que hacer. Volveremos a nuestros países y hablaremos con ellos hasta que se den cuenta.

Y así lo hicieron, los dos niños corrieron hacia sus países a pedir a su alcalde hacer una reunión con todos los habitantes. Limoncito explicó al país Amarillo lo que había vivido con Fresita. Fresita hizo lo mismo en el País Rojo. La verdad es que costó hacer cambiar de idea a sus vecinos, pero al finalmente la gente apreció el gesto que habían hecho los dos niños realizando un viaje tan largo y peligroso para unir a los dos países.

Los alcaldes mandaron destruir el muro que separaba los dos países y construyeron un gran puente para unirlos. Hicieron una gran fiesta para celebrarlo. Limoncito y Fresita fueron los invitados de honor. Cantaron, bailaron y rieron juntos hasta que salió el sol. Fue así como Limoncito y Fresita, con un profundo gesto de amistad, devolvieron la alegría que tiempos atrás dominaba aquellas tierras.